

**OCTUBRE 1959**

**nº. 82**

# **BOLETIN EL FOGON DE LOS ARRIEROS**

**No te pases a espantar la perrada del camino**

E s c r i b e  
ALFREDO VEIRAVÉ

# Ana Teresa Fabiani y el Paisaje Interior

## *El Fogón de los Arrieros*

Registro Nacional de la  
Propiedad Intelectual  
Nº. 495.248

Octubre 1959  
Año VII - Nº. 82

Capataz:

*Juan de Dios Mena*

Peon:

*Aldo Boglietti*

Nació en Concepción del Uruguay en 1922, y murió el 21 de junio de 1949. Su único libro de Poemas es "NADA TIENE NOMBRE", y una novela póstuma, titulada "Mi hogar de niebla".

Poesía hondamente recogida, la suya, íntima y existencial. Su libro se abre en la brevedad de la cita, con una anunciación: "Mis días son como la sombra que se va. Y heme secado como la hierba", porque ni siquiera cabe pensar que esas palabras fueron en Ana Teresa una deliberada actitud melancólicamente contemplativa (como gustan soñar las muchachas), sino que era "esa" la honda verdad que ella diría en su poesía y posteriormente en su relato de "Mi hogar de niebla", purificado ahora por la ausencia:

*¿Seré yo acaso tiempo que pasó,  
estrella o voz o canto que murió?*

Su poesía será el precio de una experiencia vital. Profundas vivencias, hondas meditaciones conjuran su mensaje hecho en fiebres y misterios, con el ala angélica de la vida y de la muerte. Porque Ana Teresa Fabiani, no estaba sólo en la muerte que la vivía, sino en su relación amorosa con los demás seres, a través de su poesía que es la señal de niebla y tiempo, que enmarca su misteriosa profundidad abismal; es la voz recuperada de una experiencia con un mundo que ella sola, ha sabido decir con tanta felicidad lírica:

*La tristeza de estar no es la tristeza  
que se llora en la lágrima del llanto.  
... ¡Tener un manto  
delante de la voz y la mirada,  
tener esta tristeza trastornada  
adentro de mi ser y sufrir tanto!*

Su lenguaje es el eco de una voz madurada en países de soledad, sin prestigios

verbales: solamente, el encuentro de una existencia y su expresión natural, auténtica, poética, que revela que más allá de la metáfora construida en el andamiaje lírico que supone la obra formal de un poeta, que arma sus palabras y sus versos, está obsediendo algo más urgente que la vida misma. Sin embargo, en ella, se presiente un equilibrio en ese mundo de soledad ("muerte apagada") que no alcanza el grito ni el lamento, por el contrario, su angustia, parece que estuviera limitada con números perfeccionados en la permanencia medida; parece que su mundo interior estuviera sufriendamente balanceado en una resignación hecha de nieblas irremediables.

En su obra, el paisaje se desdobra hacia su propia tristeza. Ana Teresa, pasa junto al río a veces, a estos cielos:

*Este cielo, estas nubes, la callada  
hora de soledad en que reposo  
me han dejado en el alma emocionada  
el temblor de la dicha que no gozo  
...Y yo le rezo  
a las nubes y al cielo —enamorada  
de todo lo que vive en todo eso  
—para que a mí que ya no tendré nada  
no me dejen morir sin su regreso.*

Es decir, que su poesía misma, su mensaje, nace de una nube viajera, de estos cielos, pero se promueve en virtud de una esencia íntima, de la esencia personalísima de su propia intimidad intransferible, hacia un amor no terminado allí o consumado en el paisaje en fin, en término, sino que regresa para insistir sobre una posibilidad de regreso, de reencuentro con esas mismas esencias del paisaje interior que ella ama.

Ana Teresa Fabani, pasa junto al río pero no llega a él a descansar solamente y mirar deleitada la sombra de una nube que pasa sobre el río, sino que pasa ella misma hacia la costa de niebla de su

soledoso páramo, y lo transfiere hacia una explicación metafórica, dobla el objeto, encuentra la imagen, justa y presente allí, sobre su mirada, la hunde hacia su país de soledad en esa delicada sonrisa triste, que es el tono premonitorio y predominante de su lírica:

*Hoy solo se ha quedado el ángel mío,  
Y nada más habrá. Sobre la arena  
su sombra ya será la sombra apenas  
de una nube que pasa sobre un río.*

Cuando nombra el río éste pasa también como ella ha pasado y se amplía su eco hasta hacerlo innominado, útil para el encuentro de su tristeza con el eco fugitivo de su nostalgia. No es el suyo un paisaje exterior, determinado, sino el movimiento interior profundamente subjetivo que lo universaliza. Su río es un río que corre por las neblinosas costas de su alma. El lirismo de Ana Teresa ha traspuesto los límites del entorno. Ha transferido toda su hermandad con su capacidad refleja, en su propia naturaleza suspendida en el sueño:

*Pasa el pájaro y canta porque crece  
sobre su corazón la luz que ama.  
Suspendida en un sueño que la mece  
sólo en mí está la noche que me llama.*

No se trata de una alusión del paisaje en ella, lo abarca sin duda, y lo nombra, donde "NADA TIENE NOMBRE", pero rodeándolo siempre de una atmósfera que no es la geográfica, sino construida en una realidad mucho más honda y verdadera.

(Y ahora ya, sobre su muerte, andarán ríos livianos de pájaros y nubes, y sombras sobre las aguas de su tiempo, detenido en otro río de cabelleras rubias, en las costas verdecidas de sus ojos tristes).